

PENINSULA ODISEAS

China Fast Forward

Sergi Vicente



China Fast Forward

Sergi Vicente

Traducción de Agnès González

ediciones península

© Sergi Vicente Martínez, 2018

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2018

© de la traducción del catalán: Agnès González Dalmau, 2018

Mapa a cargo de GradualMap

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

PAPYRO - fotocomposición
ROMANYÀ-VALLS- impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 2.005 - 2018
ISBN: 978-84-9942-553-5

ÍNDICE

Play	13
0. Entonces supe que no duraría demasiado	15
1. Pero ¿qué diablos hago aquí?	27
2. La dimensión del mundo se había alterado	37
3. Taiyuán	43
4. La gran brecha	51
5. Adaptación	67
6. Llenar la barriga	73
7. La detención más larga	89
8. Los obreros del mundo	103
9. Paisaje <i>Blade Runner</i>	117
10. Adopciones	137
11. Crecer o morir	149
12. El cuello de Mao	161
13. Efectos colaterales	181
14. Las hermanas Jin	195
15. Mercado de almas	209
16. Sichuán	223

CHINA FAST FORWARD

17. Tiananmén	245
18. El imperio de la ley	263
19. Democracia de base	285
20. Control de la información	305
21. Tíbet	329
22. Xinjiang	345
23. Potencia mundial	361
24. El sueño chino	389
Stop	417

PERO ¿QUÉ DIABLOS HAGO AQUÍ?

El billete de avión que, tres semanas después de mi primer aterrizaje en China, me iba a llevar de vuelta a Barcelona, nunca llegué a utilizarlo. Aún lo guardo en alguna caja.

Llegué a China con un visado de profesor de inglés. Era más una excusa para conocer el país que un trabajo de verdad. Tres semanas después me ofrecieron quedarme y dije que sí. Eso me permitiría alargar la estancia durante todo un año, y el país era lo bastante interesante como para quedarme una temporada más. Por lo menos, no me aburriría. En Barcelona me había librado de todo tipo de obligaciones, previsiones y otras cargas, y me encontraba en un momento ideal para lanzarme a la aventura.

En vez de volver a casa, durante las semanas de vacaciones antes del curso escolar, ese verano del año 2002 hice lo que en ese momento más deseaba: descubrir China sin prisas. Opté por una ruta en ferrocarril por el noroeste, desde Shanxi hasta Xinjiang, con la libertad de hacer lo que me apeteciera en cada momento.

Cada etapa la hacía en trenes que avanzaban escandalosamente lentos, trayectos que de media duraban entre diez y quince horas. No me importaba llegar a ninguna parte en concreto, sino descubrir por el camino. En mi viaje iniciático no habían agen-

da, prisas ni prejuicios. En clave política, social o económica, no tenía demasiada idea de lo que ocurría en el país, pero tampoco tenía ningún tipo de prisa para entenderlo. Quería ir paso a paso, como si todo empezara de nuevo. Quería aprender.

De la escuela había cogido bolígrafos y unos cuadernos de notas para dejar testimonio de esas experiencias. A los veintiséis años me sentía como un adolescente que escribe un diario por primera vez. Al mismo tiempo, los cuadernos me servían para que la gente con la que coincidía estampara su nombre o escribiera lo que, solo de oído, era incapaz de entender. Esos encuentros seguían un ritual entrañable. Primero escribían con su mejor caligrafía, precisamente la más difícil de entender para alguien que solo tenía nociones básicas de mandarín. Después les pedía una segunda versión de lo que habían escrito y les daba a entender que quería que lo escribieran con letra de escolar o letra de imprenta. Solo así podía identificar los caracteres, si los conocía, o consultar su significado en un pequeño diccionario que siempre llevaba en algún bolsillo de fácil acceso. Con el traqueteo del tren fue como rompí la vergüenza del abismo idiomático que me separaba de ellos.

Hoy en día traducir o consultar un carácter es extraordinariamente fácil con los teléfonos inteligentes, gracias a dispositivos como los reconocedores ópticos o la traducción simultánea vía internet, que ya hace años que incorpora la opción de reproducir el audio con una fonética impecable. Pero el método clásico, rebuscar en un diccionario, requería formación previa. Sin un abecedario, los diccionarios de mandarín se ordenan por número de trazos del radical, la parte más básica de la palabra, ideograma o dibujito, elemento que normalmente está relacionado con el significado y no tanto con la fonética. Primero hay que conocer qué trazos usa la escritura china, porque, si no, simplemente no se pueden contar. El diccionario los ordena de menos a más trazos. Así, cada palabra generaba una búsqueda laboriosa que convertía el proceso en algo emocionante. Diría incluso que el

esfuerzo de atención que requería el procedimiento facilitaba la memorización, que al fin y al cabo es cómo estudian los niños en las escuelas chinas. Memorización y repetición. Solo con todo el tiempo del mundo pude construir esa base, que se sumaba a un provechoso primer año de mandarín en la Escuela Oficial de Idiomas de Barcelona.

A la larga llegué a un nivel de competencia aceptable que me permitió perderme por cualquier rincón del país y no sentirme solo, incomprendido o desesperado. Gracias a esas conversaciones de tren inacabables, convertidas en lecciones de lengua por parte de desconocidos con acentos de todos los rincones del país, lo que, de otro modo, hubieran sido viajes agotadores acabaron siendo una inestimable fuente de conocimiento. Con cada viaje, me volvía algo menos ignorante. Cuando, además, la conversación la mantenía con una chica bonita, el progreso era sorprendentemente rápido.

Viajaba en «butaca dura», el billete más barato. Se denominaba así para diferenciarlo de los vagones de gama media, algo más blandos y espaciosos, y de las literas, también divididas en blandas y duras, una opción infinitamente más recomendable pero inadecuada para alguien que quería explorar el país de la forma más auténtica y, admitámoslo, más económica posible.

En el vagón de butaca dura, la mayor parte del tiempo no había asientos vacíos. Algunos pasajeros buscaban posturas imaginativas para descansar. Más que butacas, eran bancos de dos y tres plazas, encarados entre sí, posición que favorecía la conversación con el resto de los pasajeros. Normalmente había una mesita fija en el centro que servía tanto para dejar el termo con las hojas de té, comer y jugar a cartas como para apoyarse en ella cuando te vencía el sueño. Las butacas guardaban medio metro de separación respecto al suelo, espacio por donde de vez en cuando el brazo de los operarios del ferrocarril se adentraba para recoger con una escobilla caparazones de frutos secos, envases vacíos y desechos

de todo tipo que incomprensiblemente caían ahí y no en las papeleras que había por todas partes. Era justo ahí debajo donde los pasajeros más desesperados, los que solo habían podido comprar un billete *wuzuo* o «sin asiento», se retorcían en busca de la horizontalidad que les faltaba. En época de vacaciones, esa miserable categoría de billete podía llegar a ser una bendición, porque obviamente tenerlo era preferible a no tener billete o tener que esperar unos días en una estación remota para coger el tren que querías.

Para alguien como yo a quien no siempre le apetece socializar, la exposición a todo tipo de personajes fue intensa. Recuerdo que, fuese quien fuese la persona que tenía delante, me di cuenta de que había un patrón de conversación que se repetía. Tras un primer intercambio con información personal, llegaban preguntas que en Europa nunca harías a alguien a quien acabas de conocer, como «¿cuánto cobras?» o «¿estás casado?». De entre todo el repertorio, siempre había comentarios para hacerte quedar bien, como una alabanza de tu nivel de lengua, aunque supieras que tu chino era de poca monta.

—Tu chino es muy bueno.

—*Mama hubu*.

Mama hubu significa, literalmente, «caballo, caballo, tigre, tigre», y, por lo tanto, algo así como «ni bien ni mal», el tipo de expresiones que a los chinos les encanta que utilice un extranjero y con las que aún hoy te los metes en el bolsillo. Si a todos nos gusta que hablen nuestra lengua, en esa época a los chinos les fascinaba. Si hablabas un chino fluido, lo más probable es que acabaras saliendo en la televisión.

De esas conversaciones recuerdo lo sorprendentes que eran las reacciones a mis revelaciones:

—Cobro 3.000 yuanes (unos 300 euros) —confesaba.

—No... —respondían, incrédulos.

Era imposible que el sueldo de un *laowai* fuera ligeramente superior al suyo o que solo fuera cuatro o cinco veces el suyo. Te-

nía que ser mucho más. Los occidentales son ricos, lo daban por hecho. Al mismo tiempo, a mí me costaba entender que un sueldo superior fuera motivo de admiración, cuando más bien esperaba que mi modesta condición salarial me ayudase a confraternizar con el pueblo, con el que intentaba mezclarme para poder entenderlo.

Al cabo de unos meses, decidí que me dejaría de mandangas. Lo de los chinos era pura curiosidad y no había connotaciones añadidas. Ni te mirarían mal por cobrar demasiado ni te despreciarían por cobrar demasiado poco. A lo sumo, calcularían si eras un buen partido para su hija, que es exactamente lo que hizo mi suegro el día que lo conocí. El «¿cuánto ganas?» llegó poco después del «¿cómo te llamas?».

También me costó entender cómo cuentan la edad:

—Nací el 7 de septiembre de 1975.

—7 de septiembre de... Ahora estamos en agosto de 2002. Por lo tanto, ¡28 años! —me decían con una sonrisa de omnipresentes dientes negros y la halitosis perfumada de nicotina y ajo.

—¿28? No. ¡26! —respondía yo con suficiencia, como si mi interlocutor no supiera contar.

Cuando al fin comprobé que yo era el único que defendía tener 26 años, entendí que contaban de manera diferente. Los chinos dicen que su existencia se inicia cuando son concebidos y que al nacer la persona ya tiene un año. Para complicarlo aún más, en China consideran que, aunque celebres años en septiembre, tienes que empezar a contar la edad a partir de enero, cuando entras en el año natural. De modo que, para mis compañeros de vagón, yo ya había cumplido los 28 en enero de ese año. Fácil, ¿verdad?

La combinación de edad y estado civil también los confundía mucho:

—¿Tienes 26 años y aún no estás casado? —me interrogaban hombres más jóvenes que yo que ya eran padres de familia, con hijos en edad escolar.

—En mi país los hombres no suelen casarse antes de los 30 —me excusaba.

Absorber todo eso fue un proceso apasionante y progresivamente acepté que no podía aplicar mis referentes culturales ni convencionalismos para analizar nada de lo que a partir de entonces tendría el privilegio de testimoniar. Aunque una cosa es entenderlos y otra muy diferente es comportarse como ellos.

El sueño acababa diluyendo las conversaciones. La hora de dormir coincidía con la fase de descalzado, que a la vez solía ir precedida de las fragancias de la cena. En un vagón de ritmos monótonos como ese, cenar consistía en rituales como el de preparar la pasta deshidratada o la ingesta de productos envasados al vacío de dudosa calidad comprados horas antes en las tiendas de la estación. Daba igual si te subías al tren en Lanzhou, Chongqing o Xiamen, siempre ibas a encontrar la misma variedad y las mismas marcas. La reina de la fiesta era la pasta deshidratada, que iba acompañada de un sobrecillo de carne o verduras, otro con condimentos y un tercer envoltorio con un tipo de masa pastosa picante que solo probé una vez. Mi estómago aún me agradece que solo fuera una. O quizá en realidad acabaron siendo tres y la memoria prefiera engañarme.

La fragancia tóxica de la cena se volvía especialmente intensa cuando los portadores de envases de pasta volvían a verter el agua hirviendo de los grandes depósitos de agua que había entre vagón y vagón.

También estaban los que abrían unos *songhuadan*, huevos podridos o fermentados muy populares como comida rápida. Patas de pollo picante o cuellos de pato también picantes completaban esas delicias para mí desconocidas hasta la fecha. Aromas que acababan fumados de tabaco en medio de los fallidos intentos de este ingenuo *laowai* que predicaba inútilmente y, en un chino de poca monta, que esas señales en las paredes del vagón decían que no estaba permitido fumar ahí dentro. Incluso los revisores habían

desistido de esa misión imposible. Lo más normal, especialmente entre los hombres, era fumar, sin distinción entre interior y exterior, entre espacios públicos y privados.

En cada estación de nombre impronunciable, el pasaje se renovaba. Un retrato de la China más humilde y, cuanto más hacia el oeste avanzaba, también de la China más diversa. En ese primer viaje coincidí, por ejemplo, con gente de hasta tres etnias de tradición musulmana e improvisé rutas en toda Mongolia interior tras hacerme amigo primero de una mongola y después de una chica de origen manchú. Vibraba con cada pequeño descubrimiento.

Mis paradas duraban unos dos o tres días de media. Eran pequeñas excursiones para luego volver a subir al tren. Descubrí la fruta de Xinjiang e hice excursiones a caballo por Gansu como un turista chino más, durmiendo en una tienda junto a un grupo al que acababa de conocer y con el que compartí el dudoso honor de coger una buena trompa, mi primera derrota alcohólica frente al *baijiu*, el aguardiente de sorgo de alta gradación preferido por los chinos.

La llegada de un extranjero era todo un espectáculo. El turismo de masas aún no había hecho estragos y todo el mundo estaba tan pendiente de ti que acababas acostumbrándote a ello. Con el tiempo, eso me desbordaría, pero en ese primer momento agradecía especialmente las muestras de atención y hospitalidad, por no hablar de que nunca tuve una sensación de peligro o de que viajar por según dónde fuera inseguro. Dormía en pensiones roñosas con lavabos infames o directamente en las salas de espera de las estaciones, hasta que me despertaba algún cambio repentino de temperatura, la escoba que el personal de la limpieza pasaba por debajo del banco que me servía de cama o el sonido de los altavoces de las mujeres que por la mañana se reunían puntualmente en la plaza de la estación para hacer ejercicios y bailes matinales.

Combinaba el tren con autobuses ataúd. Los llamo así porque, en su interior, no hay butacas, sino literas de estructura metálica para aprovechar el espacio horizontalmente. El estado de los

vehículos, las horas de carretera que acumulan los conductores y la perspectiva de un accidente con toda esa chatarra dentro, me llevaron a descartar progresivamente ese medio de transporte. Un transporte al más allá, pensaba. De hecho, en algunas estaciones de autobús chinas se mostraban fotos explícitas de siniestros con muertos, con autobuses totalmente desbaratados tras salirse de una sinuosa carretera y caer por un precipicio. Era como si, para mejorar la seguridad en la carretera, trasladaran la responsabilidad a los propios pasajeros, que más bien rogaban que no les tocara a ellos.

En pocas semanas perfeccioné mi capacidad de responder a mis compañeros de viaje. Me inventaba ejercicios de memorización de vocabulario, como cuando a cada nuevo encuentro decía que era de un lugar diferente:

—Vengo de Alemania.

—Ah... Alemania. Buenos coches.

O bien:

—Vengo de Suiza.

—Ah... Suiza. Buenos relojes.

Aprendidos los más fáciles, me atrevía con países como Israel, Bulgaria... y recuerdo haber probado también con algún país africano.

—Vengo de Nigeria.

—Ah... Nigeria... ¿En qué continente está?

—África.

—Ah.

—En realidad soy negro, pero llevo demasiado tiempo sin ver el sol.

—¿Eh?

—Un poco como Michael Jackson, ya sabes.

—¿Quién?

Extraordinario. Su mundo, sus referentes, su sentido del humor... no tenían nada que ver con los míos. Aunque alguno acabó sonriendo cuando le dije que había pasado de ser negro a blanco.

En otra ocasión, mientras escribía notas para retener el alud de nuevos estímulos que me invadía, noté el aliento de alguien en mi nuca. Al darme la vuelta, había un grupo de niños que me miraban curiosos y sonreían al ver de cerca mi gran nariz y mi espesa barba, de una semana como mínimo. Comentaban lo difícil que era el inglés, porque un *laowai* necesariamente tenía que escribir en inglés, la lengua de todos y cada uno de los *laowais*. De nada servía intentar explicarles que era otra lengua. La brecha cultural era y sigue siendo muy grande, la misma por la que la mayoría de los occidentales son incapaces de distinguir entre chinos y japoneses o coreanos, y sus respectivas lenguas.

Tras ese primer viaje hice otro por el este y por el sur del país que completarían una primera inmersión en toda regla. Eso no era un país, era todo un continente con realidades apasionantes.

En esa época, la interacción con otros occidentales fue esporádica. De vez en cuando me encontraba con alguno en los lugares a los que viajaba. Es verdad que enseguida se producía el contacto visual y un tipo de empatía o sentimiento de pertenencia, puesto que la distancia cultural con China te ofrecía un vínculo natural. Pero a la vez me empeñaba en no alargar mucho la interacción. Era querido. Intuía que mi estancia en China sería a largo plazo y estaba dispuesto a integrarme, aunque todo resultase un poco forzado. Empecé a priorizar el contacto con la gente de los lugares que visitaba, antes que con otros extranjeros, y curiosamente eso me llevó a conocer a extranjeros que compartían cierta voluntad de integración.

Cuando aún no hacía medio año que había llegado a China, la pregunta «¿qué diablos hago aquí?» no tenía una respuesta simple. De hecho, nunca la tuvo durante más de doce años. Con el tiempo, sin embargo, creo haber entendido que la propia incertidumbre y la incomprensión del país me llevaron a quedarme de forma indefinida. Mientras quedaran historias por contar, tendría motivos para quedarme.